

**Amor
de Mãe**

Amor de madre

Con frecuencia grandes inundaciones invaden las partes sureñas de Francia. Los torrentes arrastran en su espantosa carrera todo lo que encuentran: árboles, casas, hasta aldeas enteras. Llegan tan de repente que sorprenden imprevistos a muchos habitantes del lugar y los lleva a su muerte.

En las cercanías de Tolosa, una madre con sus dos criaturas inocentes se vio envuelta de repente en las rugientes aguas. Conociendo bien su peligro, la pobre mujer buscó en vano algún medio de salvación, pero viendo que para ella había muy poca esperanza, dedicó toda su energía en proteger al menos la vida de sus hijos.

No se le ocurrió otro medio que atarlos seguramente en una tabla de madera, y abandonarlos así a la corriente, confiando en la bondad del Señor para salvarlos. Los puso juntos sobre tal pequeña arca y la soltó con una fervorosa oración, resignándose a su propia muerte.

Las furiosas olas arrebataron la frágil navecilla pero —¡ay!— solo para arrojarla contra el tronco de un árbol con una fuerza que la rompió. Con energía sobrehumana, la madre alcanzó el árbol, y agarrándose de una de las ramas logró rescatar de la muerte a sus dos tiernos hijos.

Un débil rayo de esperanza la iluminó: si solo el árbol, ya arrastrado por la corriente, los pudiese soportar... Pero pronto se desvaneció ese rayo de luz, pues el árbol se bamboleó, las ramas crujieron —no pudieron soportar el peso de aquellos tres seres.

Pero el amor de madre no le permitió vacilar. Amarró a los chiquillos a las débiles ramas, y confiándoles a Aquel que manda a las olas y a los vientos, se precipitó ella en la corriente, donde no tardó en ahogarse.

Cuando las aguas se retiraron, las criaturas fueron halladas sanas y salvas amarradas al árbol.

¡Oh, qué grande y admirable el amor materno! ¡No se nos conmueve el corazón ante tal desprendimiento? ¡Ha habido jamás amor más profundo?

Sí, lo hay: «¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti,» dice Jehová en Isaías 49:15.

Sí, hay un amor mayor que el de madre. Ella puede dar su vida por sus hijos, pero Jesucristo, el Hijo de Dios, entregó su vida por unos miserables pecadores que le olvidaron y le entregaron a una muerte vergonzosa. «Cuando aún éramos débiles (indefensos), a su tiempo murió por los impíos» (Romanos 5:6).

«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en sacrificio por nuestros pecados» (1 Juan 4:10). «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros ... Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Romanos 5:8, 10).

Dios es bueno y misericordioso, y todavía ama a los pecadores. Te ama, pues, a tí, amigo lector. Confía tú en el amor de Cristo. Ven a él tal como eres. Toma tu parte en ese amor sellado con la sangre de Jesús vertida por los pecadores. Dile ahora mismo que crees que él murió por ti, culpable e indigno como eres. Recibe a Jesucristo.

«A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12).



EDITORIAL BUENAS NUEVAS

210 Chestnut Street

Danville, IL 61832 EE UU

SOLICITA EJEMPLARES GRATIS

Tratado #113